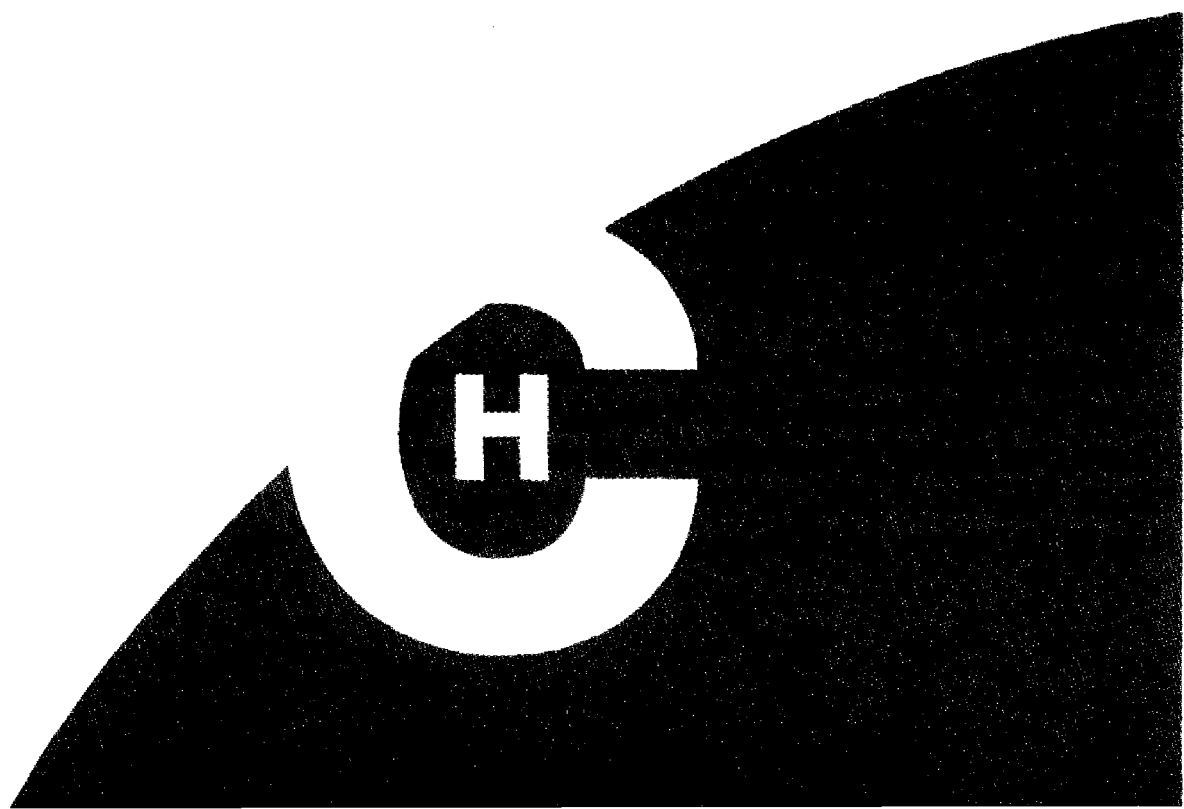


Editorial

Benjamin Prado

A pesar de lo que cada día puede oírse en los parlamentos y las pantallas de televisión del mundo, donde los diccionarios y las gramáticas arden tristemente en la caldera de las noticias y el fuego cautivo de los discursos, estos debieran ser buenos tiempos para nuestro idioma, como demuestran los actos que se han celebrado este mes en Cartagena de Indias, Colombia, dentro del IV Congreso Internacional de la Lengua Española. Sobre todo si entendemos que su acto sin duda más llamativo, el festejo de los ochenta años de Gabriel García Márquez y la nueva edición de su obra maestra, *Cien años de soledad*, no supone la conmemoración de un pasado, sino la de un punto de partida.

Porque, por fortuna, la Literatura en nuestra lengua aún vive un buen momento y lo que ocurrió con la explosión del llamado boom latinoamericano y su galaxia de nombres cardinales no fue un milagro con principio y fin, sino una puerta abierta por la que han ido pasando las nuevas generaciones que hoy, a los dos lados del océanos, siguen escribiendo algunas obras que, muy probablemente, también pasarán el filtro del tiempo. Lo explica muy



bien el narrador argentino Ricardo Piglia en este mismo número de *Cuadernos Hispanoamericanos*, cuando al preguntarle su entrevistadora si «el hecho de ser argentino y, entre otras cosas, autor de cuentos, le obliga de alguna forma a escribir contra Borges o contra Cortázar, para no parecerse a ellos», responde: «Más bien, eso nos ayudó a todos. Cuando empezamos a escribir, el hecho de que existieran Cortázar o Silvina Ocampo daba una medida de lo que se podía hacer con el cuento y hasta dónde se podía llegar con esa forma, considerada menor. A la vez creaban un espacio que hacía posible –o relativamente posible– para un escritor inédito publicar un libro de cuentos. Y ésa fue la experiencia de los escritores de mi generación».

Es una buena definición, la de crear espacio, porque eso es justo lo que hacen los grandes autores, inventarle otra provincia al idioma, fundar países de papel donde los lectores pueden quedarse a vivir y desde los que otros escritores pueden zarpar en busca de su propio lugar en la historia de la Literatura.

Ojalá estas páginas amigas de *Cuadernos Hispanoamericanos* también puedan ser para unos y otros, lectores y autores, un puerto de llegada y de salida hacia el futuro, esa quimera que, en los tiempos que corren, parece estar cada vez más cerca y más cerca por mil peligros.



